
La globalización económica

*René Villarreal**

La globalización es un punto de inflexión histórica que anuncia un orden que nace, frente a otro que muere y que se resiste a morir. Hace poco el gran historiador social de las revoluciones industriales, Eric Hobsbawm, apuntaba la semejanza del clima social de este fin de siglo y la era de las revoluciones del siglo XVIII, como dos épocas en las que el mundo humano y la civilización material están en un punto, en tanto las sociedades se mueven, en una dinámica de cambio constante e impredecible, hacia una dirección indeterminada.

Sin embargo, la magnitud y densidad histórica de las transformaciones actuales rompe cualquier parangón porque, como lo señalara él mismo, se han dado en un lapso menor a una vida humana y la escala de los cambios es hoy planetaria.

Frente al vértigo de estos acontecimientos, no obstante, lo primero que debemos apuntar es que la proclamación del triunfo del *Ideal de Occidente*, del consenso universal sobre la legitimidad y viabilidad de la democracia liberal, que planteara Fukuyama como el punto final de la evolución ideológica, es prematura y, sobre todo, representa una gran osadía, porque de cara a la profundidad e incertidumbre sobre el resultado final de estas transformaciones, cierra las posibilidades de que surja una nueva propuesta filosófica e ideológica adecuada a las nuevas realidades. Fukuyama cancela con demasiada celeridad, en el modelo de la racionalidad política del Estado y la sociedad civil napoleónica, las posibilidades de surgimiento de nuevas formas de participación y control democrático del ejercicio del poder legítimo y de la soberanía popular, que de cara a la integración de bloques regionales y a la sociedad informática de las nuevas tecnologías, apenas se están comenzando a discutir.

Desde nuestra perspectiva, la caída del socialismo real no significa el ocaso de los ídolos que Nietzsche anunciara. Nuevos mitos e ídolos se erigen en su lugar. Uno de ellos es que la caída del socialismo extiende un certificado de salud y perfección para el capitalismo, que lo exime de culpas y errores. Y hay que

* Director general de Productora e Importadora de Papel (PIPSA).

decirlo con claridad, la muerte del primero no significa la beatificación del segundo. Sobre todo, no anula la crítica, las diferencias y los resultados, económicos, sociales y ecológicos distintos de los capitalismos realmente existentes. Porque ahora que se eliminó la división binaria del mundo, que la línea divisoria entre “el amigo y el enemigo” fue derribada, tenemos que distinguir entre capitalismos. Y aquí de nuevo encontramos a las ideologías animando proyectos y moviendo al mundo.

Pero cuáles son los grandes trazos, las tendencias emergentes de este mundo que se mueve hacia la globalización; entre éstas, cabe destacar las siguientes:

1. Presencia de una gran transformación impulsada por la llamada *tercera revolución tecnológica e industrial*, que se asienta en la electrónica, la informática, la robótica, los nuevos materiales y la biotecnología.
 2. Nuevo esquema de producción global a través de la fábrica mundial, que integra a través de la subcontratación y la descentralización de procesos en un gran número de países, la producción de partes, componentes y diseño de productos y servicios, en un proceso de “justo a tiempo”. Paso de la economía del volumen a la economía del valor, con productos y servicios intensivos en conocimiento.
 3. La creciente integración de las economías nacionales a la nueva dinámica de los mercados globales, donde la estabilidad económica y el crecimiento de los países depende de su participación en la economía global. Paso de las economías nacionales y los modelos de desarrollo integral o autosuficiente a la interdependencia económica y la búsqueda de ventajas comparativas dinámicas.
 4. Fin de la bipolaridad y surgimiento de una tripolaridad económica entre tres grandes líderes y sus respectivos bloques económicos: Estados Unidos, Japón y Alemania. Esto no significa otra cosa que *la batalla entre diversos tipos de capitalismo*, donde el papel del Estado, la conformación de las reglas e instituciones del mercado, el rol del empresario, de las organizaciones, trabajadores y consumidores, es clave para definir la capacidad de competencia de cada bloque y el tipo de dinámica social que se genera.
 5. Formación de alianzas estratégicas entre países y entre empresas. Integración de países en grandes zonas económicas (bloques), que se abren entre sí y establecen condiciones de libre comercio, apertura y reciprocidad, las cuales además de aprovechar ventajas comparativas, permiten la complementación económica y elevan su capacidad exportadora para competir con otros bloques.
-

6. Crisis de las ideologías, de los modelos sociales y de los paradigmas científicos que dominaron el horizonte gnoseológico y el diseño social de los siglos XIX y XX. En cuanto al desarrollo económico se refiere, ni el arsenal de la experiencia de recuperación de la posguerra, ni el bagaje teórico del auge de los años cincuenta en adelante, o las teorías redivivas del pasado liberal, pueden hacer frente a la explicación y sobre todo a la solución de los nuevos problemas que surgen y se dan en el contexto de la globalización.

El triunfo del capitalismo

Más de cuatro siglos después de su surgimiento, en la última década del siglo XX, y tal vez por mucho tiempo, el capitalismo se presenta hoy, a escala internacional, como la única alternativa de sistema de organización económica y social.

En efecto, situados en los albores del siglo XXI, dos elementos históricos recientes sirven para definir a este sistema como el paradigma base del actual comienzo epocal. En primer lugar, el surgimiento, más que de una ideología, de una nueva racionalidad de los gobiernos, que significa una revisión de sus prácticas a la luz de los resultados de nueve lustros de la llamada *pax americana*. Esta revisión produce un nuevo consenso, en el sentido de que el papel del gobierno debe mantenerse dentro de márgenes acotados pero fundamentales para el funcionamiento del mercado, y con un máximo de eficiencia.

En segundo lugar, el hecho de que toda una enorme zona del planeta que se encontraba empeñada en alcanzar la satisfacción de los anhelos naturales de los pueblos, como son el progreso económico y el bienestar social, mediante la puesta en práctica del sistema comunista, declara abiertamente su equivocación, rompe filas y comienza con rapidez a moverse en la dirección del capitalismo. A estos dos eventos se les ha llamado La Revolución Conservadora de los Ochenta y El fin de la Guerra Fría.

A partir de la década de los ochenta, un poderoso movimiento surgido en el seno del ala derecha de las propias clases gobernantes coincidió casi simultáneamente en Inglaterra, con la primer ministro Margaret Thatcher, y en Estados Unidos, con el presidente Ronald Reagan.

Más allá de sus excesos retóricos y de sus resultados reales, estos cambios dieron un nuevo aire a la filosofía de la Mano Invisible del Mercado y tuvieron muy amplia repercusión en el resto del mundo, llegando incluso a penetrar las zonas aisladas de Europa del Este y China Comunista. Entre otras causas, este

impacto propició los drásticos cambios políticos que se iniciaron en esa zona del planeta en 1989 y que aún estamos atestiguando.

La ola de cuestionamientos al estatismo, sin embargo, no sólo provino de sectores de la derecha. El societalismo de los nuevos movimientos sociales (ecologistas, feminismo, derechos humanos, democratización local, etcétera), y la creciente autonomía de innumerables organizaciones sociales surgidas desde los años sesenta, llegaron, desde posiciones de centro y de izquierda, a cuestionar la centralización y el burocratismo estatal, dando un nuevo impulso a las demandas por la descentralización política y la participación social. Esto también impactó en el tamaño y la eficiencia del Estado.

El fin de la guerra fría y la bipolaridad

Además de recibir el impulso de la reestructuración de las relaciones entre el Estado y la economía que se inicia a fines de los años setenta, la globalización se acelera con el fin de la guerra fría.

Poco tiempo después de concluida la segunda guerra mundial, cuando la paz casi parecía asegurada, la guerra civil en un pequeño país asiático, Corea, marca en la década de los años cincuenta, el inicio de un enfrentamiento que duraría casi medio siglo y que habría de dominar las relaciones políticas y económicas del planeta: la guerra fría.

En esas circunstancias, los antiguos aliados, Estados Unidos y la Unión Soviética, expusieron por primera vez abiertamente sus diferencias insalvables en cuanto a su concepción del mundo y de su propio papel dentro de éste y obligaron al resto de los países a expresar sus preferencias, tomar posiciones y pasar a funcionar dentro del damero de alguna de estas dos potencias.

Siguió, como sabemos, una carrera armamentista que alimentó la innovación tecnológica y significó un impulso económico en Estados Unidos, debido al constante aumento del gasto militar.

En la Unión Soviética, por el contrario, el agotamiento de los impulsos iniciales del desarrollo industrial, la inercia del burocratismo y el debilitamiento progresivo de los consumidores frente al Estado, llevaron a que la misma carrera armamentista significara el agobio de las finanzas estatales. Cuestión que pone en evidencia Mihail Gorbachov, quien desencadena los esfuerzos por reformar al sistema que habrían de sobrepasarlo y de ocasionar su desmembramiento. En noviembre de 1989, la caída del muro de Berlín, elemento material y símbolo de la división de los dos sistemas, señala el fin de la guerra fría y de la división binaria del mundo.

La confirmación de este parteaguas histórico se produce en 1990 con el enfrentamiento de un sólo país, Irak, contra Estados Unidos, como país líder, y contra una coalición de 28 países, que incluye a ocho de los propios países musulmanes, y que cuenta con el apoyo de la ONU. En esta ocasión, la URSS por primera vez deja de ejercer su poder de amenazar y amedrentar al “mundo libre” para mantener el “equilibrio de poder” en una antigua zona de influencia, en aquiescencia del cambio político mundial.

La integración de los nuevos bloques económicos

La agudización de la competencia entre las grandes potencias industriales que se suscita en los años ochenta y la propia reconversión industrial a que obliga la crisis de esta década, llevan a nuevas formas de cooperación económica.

Como resultado de estas dinámicas se abre una profunda revisión de concepciones del desarrollo nacional y de la propia idea de soberanía económica, basadas en nociones como la autosuficiencia e integralidad. Derivado de las nuevas formas de producción compartida que implica la fábrica mundial y de las alianzas estratégicas entre empresas y países, se transformaron los modelos económicos de crecimiento.

Actualmente no hay ya economías ni empresas nacionales propiamente dichas y las concepciones de desarrollo y crecimiento se ven replanteadas por el funcionamiento de los mercados globales. En tanto, la creciente interdependencia y la creación de zonas económicas, con sus respectivos mecanismos de regulación, órganos de decisión etcétera, conduce a una revisión teórica e histórico-crítica en torno al Estado y, por ende, al propio concepto de soberanía.

Sobre este conjunto de factores, cabe establecer distinciones en la configuración de los diferentes bloques económicos. Por ejemplo, entre lo que ocurre en la Europa de los Doce, con su concepto de Casa Común como guía de la unificación de la zona, de lo que acontece en la Cuenca del Pacífico a partir del paradigma del “vuelo del ganso” y, de lo que se perfila como el mercado de América del Norte.

En el caso europeo, la noción de Casa Común, a partir de una previa experiencia comunitaria y de lazos culturales que parten de la matriz originaria de Occidente, implica la creación de entidades supranacionales, la abolición de fronteras, la creación de una moneda única (ECU), la eventual unificación de ejércitos y la creación de políticas unificadas. De donde resulta la experiencia más provocadora en términos de las concepciones clásicas de Estado y soberanía.

La Casa Común europea supone la cesión de atribuciones de los Estados soberanos, no a favor de un Estado asociado alguno, sino de una entidad por encima de todos, a la cual todos contribuirían a fortalecer.

La modalidad de la integración del Pacífico es muy dispar, en este sentido, de la experiencia europea, por la gran diversidad cultural, económica y política de los países de la Cuenca. Aquí, la integración se orienta a la creación de asociaciones productivas, entre Estados y empresas, que implica más una coordinación de políticas industriales y aún de agentes económicos, que cesión de espacios de decisión soberana o integración territorial. El propio ideograma del “vuelo de ganso” ilustra esta disparidad en la capacidad de arrastre y liderazgo económico, financiero y tecnológico de estos países; donde un país líder, en este caso Japón, es el vértice de una pirámide que vincula, en redes jerarquizadas, sectores y segmentos de la industria, la agricultura y los servicios, de los otros países de la zona.

En el caso del mercado de América del Norte, la integración tiende a la complementación industrial, más que al libre juego de los factores productivos, no hay intención de moneda común, de unificación de políticas o de abolición de fronteras.

La competencia entre los capitalismos realmente existentes y el surgimiento de la tripolaridad

Como otra de las tendencias emergentes de la globalización, la tripolaridad económica está reemplazando la extinta bipolaridad militar en el centro del escenario mundial. El orden internacional de la guerra fría, que generó alineamientos bilaterales y multilaterales que se centraban alrededor de Estados Unidos y la Unión Soviética, extendiéndose hasta lugares como Vietnam del Sur y Cuba, está dando paso a otro muy diferente, en algunos casos más natural, de agrupamientos regionales. Los países de Este de Europa, miembros del antiguo Pacto de Varsovia, ya firman acuerdos de asociación con la CEE y es de presumir que se convertirán en miembros de ésta, aproximadamente en una década. Los Estados del Báltico y otras repúblicas que han surgido de la desintegración de la URSS, buscan acuerdos similares. Rusia misma puede asociarse con Europa Occidental en un futuro cercano.

Actualmente, la CEE ya tiene una economía más grande que Estados Unidos y funcionará como actor individual en asuntos económicos globales en un grado creciente.

En Asia, la NATO está buscando igualmente nuevas formas de cooperación con sus antiguos adversarios. La creación del *East Asia Economic Caucus*

(Grupo Económico del Este Asiático) propuesto por Malasia, representaría el primer grupo moderno pan-asiático, que pondría fin a las ancestrales rivalidades asiáticas entre China, Vietnam y Corea del Norte, con la formación de un nuevo marco de cooperación de enormes potencialidades económicas, que eventualmente pudieran derivar incluso en acuerdos militares.

Japón, por su parte, es ya el mayor acreedor a nivel mundial y un líder en muchas tecnologías; su economía se convertirá, en valor absoluto, en una tan grande como la de Estados Unidos a principios de la próxima década (si crece 4% anual y EUA 2-2.5%, y el yen se aprecia al cien por uno respecto al dólar).

Patrones similares están ocurriendo en América Latina con la reciente explosión de pactos subregionales como el Mercado Común del Cono Sur (Mercosur) y la revitalización del Pacto Andino. Esos esfuerzos latinoamericanos son parcialmente motivados por el deseo de calificar para, y fortalecer sus posiciones en, subsecuentes negociaciones con Estados Unidos que expandirán el Tratado Trilateral de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México.

En el nuevo orden internacional que se perfila, las tres potencias líderes dependen en la misma medida del comercio exterior y de los flujos financieros, así que a ninguno le convendría una guerra comercial, porque los tres perderían casi lo mismo. Estas tres grandes economías son ya equivalentes, o lo serán en un corto tiempo, en los criterios clave que determinan el status global.

Sin embargo, la tendencia a la competencia entre bloques y líderes de los bloques será reforzada a corto plazo, por el bajo crecimiento que los países desarrollados observarán en el futuro cercano, al tener que lidiar Estados Unidos con sus profundos problemas estructurales. En tanto, los países de Europa Occidental tendrán que reducir sus tasas de inflación y sus déficit presupuestales para calificar para la unión económica y monetaria que desean, y Japón se ajustará a su escasez de mano de obra y al colapso de la burbuja financiera. El resultado será una competencia aún más fiera por mercados e inversiones alrededor del mundo.

La posibilidad de una escasez de ahorro global, si se alcanzara un mayor crecimiento, sostendría y aun intensificaría la competencia por atraer capitales. Además, si la Ronda Uruguay del GATT fracasara, a causa básicamente de la negativa europea para modificar sus prácticas comerciales agrícolas, la tensión que se desataría entre la CEE y Estados Unidos se sumaría a la ya existente entre este último y Japón, lo que conduciría a una mayor preponderancia de la agenda económica.

De esta manera, la competencia ideológica entre capitalismo y comunismo fue ya reemplazada por la competencia entre versiones alternativas de la economía de mercado.

A pesar de que la victoria del capitalismo tranquiliza a gran parte del mundo y que significa en apariencia, establecer el monopolio de un sistema, como comenta Michel Albert en su libro *Capitalismo contra capitalismo*, ello puede ser contrario a la propia naturaleza competitiva de éste.

No obstante, lo que se revela en el fondo es una acre competencia entre los tres líderes que no es otra cosa que una batalla entre capitalismo que sustituye la lucha entre capitalismo *versus* socialismo.

Las modalidades actuales de capitalismo parecen reunirse en dos grandes grupos cuyos fundamentos e impulsos son diferentes. Así, han surgido diversas maneras de enfrentar y solucionar los principales cuestionamientos prácticos del orden capitalista, como serían, por ejemplo, la política fiscal y la seguridad social, el papel del Estado, la relación entre empresarios y trabajadores.

En el aspecto fiscal hay diferencias en la forma como la política fiscal de estos países propicia el ahorro, la racionalidad en la producción y el consumo. Esta diferencia hace por ejemplo que Japón y Alemania sean países que privilegian el ahorro y racionalizan el consumo individual; en cambio, Estados Unidos propicia el consumo dispendioso como símbolo de status y poder. Además, plantean concepciones opuestas en cuanto a la función del gobierno en el estímulo del ahorro nacional, que pudieran catalogarse de modelos opuestos: el germano-nipón y el americano-británico.

La seguridad social es otro aspecto que diferencia a los capitalismos actuales. Los puntos de vista surgidos de La Revolución Conservadora de los Ochenta postulan que la seguridad social crea un espíritu de “dependencia” que favorece la irresponsabilidad y la pereza. Sin embargo, la ética de la seguridad social está tan enraizada en los países europeos que en Inglaterra, después de 10 años de esfuerzos, el gobierno de la señora Thatcher no consiguió llevar a cabo las reformas propuestas en el Servicio Nacional de Salud.

Los países que llevan esta filosofía a mayores extremos son generalmente los escandinavos para los cuales la seguridad social ha sido considerada tradicionalmente como la consecuencia justa del progreso económico, incluso por algunos, como una institución que favorece el desarrollo económico, ya que por abajo de un cierto nivel de pobreza, el excluido se vuelve irrecuperable. Ésta es la razón por la que los países más desarrollados (Alemania, Francia, Reino Unido, Países Bajos y Dinamarca) garantizan un salario mínimo.

Los sistemas de bienestar social de la Europa continental presentan otra alternativa al modelo de Estados Unidos. El gobierno juega un papel considerablemente mayor en guiar, y hasta suplantarlo, la actividad privada. Los bancos desarrollan un papel considerablemente más activo en el manejo de las corporaciones, especialmente en Alemania.

El capitalismo europeo, lejano a la doctrina del *laissez faire*, solicita el consenso social del trabajador, promueve su participación en las empresas y le extiende una amplia protección social. Asimismo, el funcionamiento de la economía de mercado se sustenta en una sólida institucionalidad de reglas y regulaciones que auspician su eficiencia en términos del uso de recursos naturales y responsabilidades públicas.

Por su parte, dentro de la concepción japonesa, la seguridad social no es asunto del Estado sino de la empresa, teniendo en mente una empresa poderosa y rica que sirve de apoyo y protección de sus asalariados.

Pero, es el capitalismo japonés y de los Tigres de Asia el que niega el falso dilema entre mercado *versus* Estado. En estos países, el Estado tiene un mayor papel intervencionista que en los modelos latinoamericanos. La gran diferencia es que en aquellos países es más promotor que regulador y más complementario que sustituto del mercado. En la economía “no capitalista de mercado” japonesa, los intereses de los empleados, los proveedores y las comunidades prevalecen sobre los de los accionistas dentro de las empresas, por eso se manejan éstas de manera diferente. Japón valora más la producción que el consumo; el gobierno juega un papel mucho más activo en el modelo japonés que en el anglosajón. Por el éxito que han alcanzado en poco tiempo los países asiáticos, los analistas occidentales estudian cuidadosamente al modelo japonés y a otros modelos asiáticos para ver qué se puede retomar de ellos en cuanto a mejorar el desempeño económico de Occidente.

Las paradojas de la globalización

A pesar de las tendencias que impulsan a la globalización y al desarrollo tecnológico más impresionante que cualquier sueño futurista, el proceso de cambios de este fin de siglo no está exento de riesgos y paradojas cuyo desenlace es todavía incierto. Entre éstas se pueden anotar los siguientes:

1. Apertura económica al interior de los bloques que coexiste con un fuerte proteccionismo hacia otros bloques.
 2. La integración de una economía global que coexiste con la extrema balcanización política en lo que fue la antigua URSS, Europa Central. La globalización coexiste con el resurgimiento de todas las variantes del nacionalismo (étnico, religioso, cultural).
 3. Medios de comunicación y globalización cultural, que coexisten con el resurgimiento de lo local, de lo tradicional y con la superposición de tiempos y culturas.
-

4. Muerte del socialismo real, triunfo universal del capitalismo, que coexiste con el conflicto de la lógica del mercado con la preservación de la naturaleza y la implementación de soluciones tecnoeconómicas adecuadas a la realidad ecológica global.
5. Victoria de la democracia frente a los autoritarismos y totalitarismos (Europa del Este, América Latina, Asia y África), que coexiste con el conflicto entre el capitalismo posmoderno con la justicia, la equidad y la supresión de todas las prácticas discriminatorias.

En las naciones que salen del yugo autoritario, concretamente en la antigua URSS y Europa Central, las nuevas libertades de las mayorías y las minorías no han sido aseguradas por la cultura política de fuerzas y actores sociales, y la satisfacción de las aspiraciones sociales no ha sido garantizada por las reformas económicas en marcha.

6. Elevada capacidad económica que coexiste con una extrema concentración de la riqueza entre países y entre personas (20% de la humanidad, acapara 80% de la riqueza). El *nomadismo de lujo*, como señala Jacques Attali, coexiste con el *nomadismo de supervivencia* de los pobres y en las grandes ciudades, las *nuevas fortalezas de la opulencia*, que apuntara Umberto Eco, coexisten con las periferias hacinadas de la miseria. Según Hobsbawm: “Los horrores de la primera revolución industrial pueden palidecer ante los horrores de la tercera revolución”. Así, la bipolaridad económica en todos los puntos de la esfera tiene el riesgo de ser el sustituto de la bipolaridad geopolítica.
 7. El fin del tercermundismo económico localizado en las coordenadas del norte y el sur, y del tercermundismo político con el fin de la guerra fría, han dado paso a una gran recomposición geopolítica y a la movilización de poblaciones. La crisis de los Estados nacionales subdesarrollados, la reestructuración de los centros y la descomposición de los bloques de la posguerra, han provocado la ola de migraciones más intensa de los últimos 200 años. El crecimiento y los movimientos de población establecen claramente cómo los Estados individuales han sido rebasados por la dinámica de cambio.
El trabajo de los inmigrantes ha reinstalado el tercer mundo en el corazón de las metrópolis industrializadas, y las élites de las periferias reproducen niveles de vida y de cultura del primer mundo.
 8. El surgimiento de una enorme diversidad de organizaciones sociales de orden local que poco a poco van tejiendo redes para la consecución de fines filantrópicos (derechos humanos, ecología), que coexiste con el poder global de las grandes empresas que se dividen los recursos naturales, patrimonio de la humanidad.
-

De este modo, algunos de los más apremiantes retos de la globalización para dar paso a una nueva civilización y evitar que los cambios y las transiciones inciertas alimenten los racismos, los fascismos y de nuevo se levante el caballo de la guerra son:

- Extender el desarrollo a todo el planeta, ya que resulta imposible desde el punto de vista político, e irracional desde el punto de vista económico, pretender separar el mundo en pobres y ricos.
- Unir democracia, desarrollo y justicia, garantizar seguridad común y desarrollar instancias para encarar los desafíos globales como la polución y el deterioro ambiental, el hambre, las pandemias, la guerra, el respeto a los derechos humanos de los individuos y de los pueblos.
- Instituir espacios y medios efectivos de cooperación internacional, en materia de trabajadores migratorios, derechos humanos, ecología, seguridad.
- Generar las condiciones para que los cambios políticos, económicos, sociales, culturales y aun territoriales que se están procesando, encuentren vías pacíficas y cauces de solución.
- Construir la estructura institucional que sustente a una economía de mercado eficiente y autosustentable desde el punto de vista social y ecológico. Hoy, la racionalidad económica que puede hacer posible el desarrollo, implica formas y políticas renovadas de relación entre trabajo y capital, entre productores y consumidores, entre empresarios sociedad y gobiernos.

La crisis de los paradigmas científicos y los modelos sociales

El mundo actual no sólo se caracteriza por la crisis de los modelos socioeconómicos como el del socialismo real, sino por la crisis de los paradigmas teóricos sobre la economía y el Estado. Los paradigmas, los modelos de pensamiento y análisis de soluciones universalmente reconocidas, que se construyeron durante casi un siglo, son hoy objeto de la más profunda crisis y revisión.

Ante ella debemos reconocer —de entrada— que la crisis del socialismo real no ha resuelto el papel del mercado y la función del Estado en el desarrollo.

En efecto, la rapidez de los cambios en las economías y las sociedades contemporáneas se enfrenta a la crisis de los modelos preexistentes, exigiendo la búsqueda de nuevas claves para la interpretación de esos fenómenos, así como para definir los modelos de política que puedan enfrentarlos. Requerimos una nueva revolución científica y fórmulas políticas que sean una opción alternativa, ajustada a la realidad, para transitar por el ciclo de los cambios económicos, tecnológicos, políticos y sociales que caracterizan este fin de siglo.

La cuestión del Estado y su relación con la sociedad y el mercado es una de las temáticas centrales de este debate.

En el siglo XIX, para el modelo clásico y el liberalismo económico en boga, el lugar del Estado se definió a partir de la filosofía individualista de Adam Smith. Según este enfoque, cada individuo, al buscar su propio beneficio en un escenario de economía de libre mercado, automáticamente aseguraba el bienestar de la comunidad, el equilibrio del pleno empleo y la optimización en la asignación de los recursos. Por lo tanto, no había lugar para el Estado como agente económico y se le consignaba como gendarme del orden social.

Al mostrar la crisis de la gran depresión de 1929 que el libre juego del mecanismo de precios del mercado no llevaba, de manera automática, a una situación de equilibrio, de pleno empleo y de uso óptimo de los recursos, puso en crisis el modelo clásico, que se derrumbó al surgir la teoría general como un modelo teórico y de política económica que explica esta crisis y da origen a un nuevo modelo: el paradigma keynesiano.

Éste establece una nueva fórmula y un nuevo papel del Estado en el mercado que asienta la necesidad de su intervención para regular la actividad de la economía y recuperar el pleno empleo. Keynes proporcionó la racionalidad económica para el surgimiento de un Estado benefactor para enfrentar los problemas sociales derivados de los ciclos económicos, creando una amplia institucionalidad ligada a los aspectos sociales.

Pero, la crisis de los años setenta detonó un nuevo escenario sin parangón en la historia económica precedente: la combinación inédita de estancamiento e inflación puso en crisis al paradigma keynesiano planteándose —en la práctica— los excesos e ineficiencias del Estado benefactor como una de las causas de la misma.

Ante esta realidad no ha surgido otra revolución científica o paradigma que replantee el papel del Estado y su relación con la sociedad y el mercado en un mundo de economías interdependientes. Un mundo marcado por la presencia de gigantes corporaciones multinacionales que actúan en un plano global, apoyadas en sistemas de telecomunicación y tecnologías flexibles que les permiten seleccionar las ventajas comparativas de cada país en un proceso de globalización de la producción a través de la “fábrica mundial”.

Por ello, la pregunta central de hoy en muchas instituciones y países es: ¿Cuál es el paradigma que puede llevar a una nueva estabilidad y crecimiento mundial y que responda a los imperativos de democracia, soberanía e independencia de los Estados nacionales?

Las cuestiones básicas para caracterizar un sistema económico siguen siendo cómo se determina qué, cómo y para quién producir.

La economía neoliberal resuelve estas preguntas con la intervención del mercado, pero éste, si bien es capaz de responder en general al qué y al cómo producir, con racionalidad y eficiencia económica, no responde plenamente al para quién, porque en el libre mercado vota quien tiene demanda efectiva.

Esto es, en el mercado vota el que tiene demanda efectiva, y tiene demanda efectiva quien tiene ingresos, y tiene ingresos quien tiene empleo. Y en un país donde hay desempleo estructural, el empleo no depende sólo del nivel de la actividad económica, presentándose además subempleo; por lo que no hay un voto democrático en el mercado, sino un proceso económico que produce desigualdades.

Aquí, la mano invisible del libre mercado, que es un mecanismo relativamente eficiente en la asignación de recursos para la producción, requiere acompañarse de una mano solidaria para garantizar la equidad social.

En la libre competencia entre iguales sobrevivirá el más apto. No obstante, cuando se parte de mercados imperfectos, por la presencia de oligopolios y monopolios, la libre competencia selecciona al más grande y al poderoso, no necesariamente al más competitivo. Por lo cual se requieren mecanismos de regulación de los mercados, como son las leyes antimonopolio.

Este mismo fenómeno se presenta a nivel internacional, cuando hay competencia desleal en el comercio entre los países, dando lugar a una legislación y políticas *antidumping* y/o de impuestos compensatorios por parte de los gobiernos.

La modernización de México en el mundo de la globalización

En México, la práctica del liberalismo social está impulsando la constitución de un sistema económico con un nuevo papel del Estado y del mercado que remonta al falso dilema entre el intervencionismo estatal y que reconoce en la congruencia y en la compatibilidad entre mercado y Estado, la garantía para un desarrollo sustentable.

Ante la quiebra de los paradigmas, el liberalismo social valida metodológicamente el recurso de definirse a partir de negar los extremos en los cuales se alinean los programas ideológicos actuales, distanciándose de los puntos hacia dónde no quiere llegar. De este modo, labra un cauce propio que avanza práctica e ideológicamente.

En la cuestión económica, lo central para el liberalismo social es distinguirse de la orientación filosófico-política, tanto del estatismo como del neoliberalismo, en cuanto a la relación entre individuo y sociedad, y en el papel del Estado y del mercado. Aspectos éstos que están en el fondo del análisis e in-

terpretación de los propios proyectos ideológicos. Las preguntas centrales aquí son: ¿Cuál es el papel del individuo y su relación con la comunidad?, y ¿cuál es el papel del Estado en su relación con el mercado, desde el punto de vista de la formación del sistema económico?

El modelo de desarrollo económico que impulsa el liberalismo social se basa en una estrategia de modernización integral de los sectores productivos y en el desarrollo regional equilibrado.

La política de desarrollo concentra las actividades del Estado en áreas estratégicas, como los energéticos, impulsa la infraestructura, física y tecnológica, y la formación de capital humano, a través de la educación, al tiempo que estimula y fomenta la inversión privada, para que sea el principal motor de la acumulación de capital y del crecimiento.

En política macroeconómica se instrumenta una estrategia de estabilidad como condición necesaria para el crecimiento sostenido. La práctica de la estrategia antiinflacionaria se basa en la concertación administrada de precios entre los distintos sectores productivos, lo que ha permitido una regulación eficaz de la misma, sin caer en controles rígidos que desincentivan la producción, o en la liberación indiscriminada que provoca la especulación y retroalimenta la espiral inflacionaria. La reducción y estabilidad en la inflación es así una política concertada en la cual los diversos sectores productivos convienen ajustes, apoyándose en la regulación indirecta que la propia competencia externa establece con la apertura.

De aquí el porqué el PECE mexicano no es automáticamente transferible a otros países latinoamericanos, pues su gran efectividad además de técnica, está en la capacidad de concertación y compromiso de los sectores productivos con un Estado en constante cambio y reforma, que plantea objetivos comunes a la sociedad y a los diversos sectores.

En la política monetaria no se fija la tasa de interés, pero sí se regula la oferta monetaria. Esta última no crece a una tasa constante y automática como en un modelo neoliberal, ni financia inflacionariamente un déficit fiscal con emisión primaria, desplazando y sustituyendo el crédito y la inversión privados. Por el contrario, la política monetaria que está desarrollándose interviene a través de operaciones de mercado abierto que dejan a la libre determinación la tasa de interés, pero, es el banco central el que determina el monto de la operación.

Por otro lado, ante la libre entrada de capital también actúa esterilizando recursos monetarios que reducen presiones en los niveles de precios. Además, el deslizamiento constante del tipo de cambio coadyuva al control de la inflación manteniendo nuestra competitividad. Sin embargo, no es el mercado el

que establece directamente el precio de la divisa. De este modo no hay una política monetaria pasiva sino activa.

La política fiscal permite mantener por el lado del ingreso, el superávit fiscal que coadyuva a mantener un equilibrio macroeconómico y de estímulo a la inversión productiva. Al mismo tiempo garantiza un excedente económico destinado a la inversión pública productiva y al gasto social. Aquí también la política fiscal no es pasiva, ni neutral en el efecto redistributivo del ingreso, como en el modelo neoliberal.

En otro orden, el liberalismo social plantea un nuevo enfoque de crecimiento sustentable en la conservación de los recursos y protección del medio ambiente. No sólo es prioritario el crecimiento sostenido en la producción de bienes y servicios, sino que éste debe ser un crecimiento sustentable que evite el deterioro y permita la reordenación de los recursos naturales y del medio ambiente.

El mercado no refleja a través de los mecanismos de precios las externalidades de los procesos productivos, ya que los costos y beneficios privados no internalizan los costos y beneficios sociales, ni asumen la recuperación y el costo de los recursos ambientales.

De allí que sea necesaria la regulación y la armonización de la actividad productiva con la recuperación ambiental, para evitar el deterioro de los recursos naturales y garantizar no sólo un crecimiento en cantidad, sino en calidad.

Los límites de la eficiencia del mercado

En el modelo que se está aplicando en México, el liberalismo social si bien reconoce la eficiencia del mercado, es consciente de que éste no genera automáticamente los beneficios sociales a la comunidad ni asegura la equidad porque carece de valoración social de los procesos. Reconoce sus ventajas, sin dejar de presentar limitaciones, para asignar los recursos en la producción, pero asienta que es inequitativo en la distribución. Por ello plantea un Estado que cubra los aspectos sociales, excluidos en el cálculo económico y una solidaridad que exprese la responsabilidad comunitaria frente a las desigualdades y a la pobreza.

El liberalismo social —dice el presidente Salinas— recupera el valor moral del individuo y lo combina con el de la comunidad, reconociendo la libertad. Sin embargo, rechaza tanto al Estado omnipresente como al mínimo y considera falso el dilema de elegir entre Estado y mercado, porque para él cada uno tiene una función insustituible que cumplir.

Este deslinde respecto al neoliberalismo y al estatismo basado en las grandes referencias filosófico-políticas del individuo, sociedad, Estado, mercado,

coloca al liberalismo social mexicano en posición de replantear la relación individuo-sociedad, recuperar la participación del mercado en la asignación de recursos y la intervención del Estado en la equidad social.

En México se tiene claro que en economías abiertas y articuladas a través de bloques regionales, el mercado juega un papel fundamental en la óptima asignación de recursos; pero, reconoce que en una economía en desarrollo como la mexicana, la disparidad estructural del aparato económico obliga a ponderar, los límites y alcances de los parámetros del mercado. Aquí se da la coexistencia de tres sectores económicos: el moderno, el tradicional y el de subsistencia, que obligan a relativizar las bondades de un juego libre de las leyes del mercado.

Mientras el sector moderno tiene capacidad para reaccionar de manera positiva ante las diversas señales de mercado y competir con éxito en el nuevo sistema de economía mundial, el sector tradicional constituido por micro, pequeña y mediana empresas en vías de modernización, que también juega en el mercado, no tiene todos los instrumentos para enfrentar de la misma manera la competencia mundial. Por ello requieren políticas de fomento y desarrollo ante la apertura, para lograr competir. Asimismo, tenemos un sector de subsistencia, prácticamente marginado del mercado, y con un atraso de casi un siglo.

Se necesita así, un modelo solidario de desarrollo, que dinamice y articule estos sectores económicos dándoles instrumentos, para que dentro de sus propios ámbitos y esquemas de funcionamiento, puedan participar en la nueva economía de mercado.

En la economía, el liberalismo social mexicano reconoce por tanto las fallas, excesos y desviaciones del Estado populista benefactor, pero también los vacíos y carencias del Estado mínimo de neoliberalismo y plantea que sólo un Estado eficiente, moderno en su gestión administrativa y sin excesos de burocracia, puede impulsar el desarrollo con equidad.

Para él, las fallas del mercado no necesariamente justifican la intervención del Estado, ya que éste tiene a su vez que ser eficiente y eficaz en sus resultados para que su intervención corrija las fallas. Es decir, rompe con el estatismo fundamentalista que considera que la sola intervención del Estado va a resolver los problemas.

De este conjunto de planteamientos se deriva la importancia de la reforma del Estado, de la modernización de la administración pública del Estado solidario, que viene impulsando el presidente, con el objeto de corregir los excesos y desviaciones del estatismo, evitando asimismo los excesos del mercado sin contraponerse a la eficiencia que éste genera.

En el fondo, la tesis de liberalismo social en la reforma del Estado plantea que alcanzar un desarrollo económico viable, que nos fortalezca como nación, requiere la complementación de un Estado reformado y de un mercado eficiente.

El nuevo sistema económico del liberalismo social mexicano

En conjunto, a partir de estas líneas de acción, el liberalismo social mexicano se encamina a la construcción de una nueva economía sintetizada en las siguientes coordenadas básicas:

1. Una redefinición de las funciones del Estado como agente económico, complementario, no antagónico ni sustituto del mercado. Promotor del desarrollo, que regula los excesos e imperfecciones del mercado, y negociador en el plano internacional.
2. Garantía, libertad, y fomento a la iniciativa y creatividad de los individuos, junto a una responsabilidad solidaria con la sociedad.
3. Una política macroeconómica, de administración de la demanda, a través de la política fiscal, monetaria y cambiaria y la concertación de precios a través del Pacto, para alcanzar la estabilidad con crecimiento sostenido, que es precondition del desarrollo.
4. En la política de desarrollo, fomento a la inversión privada nacional y extranjera, inversión pública en infraestructura, formación del capital humano y tecnología, como complemento para garantizar un desarrollo sostenido a largo plazo, donde la inversión privada es el principal motor del crecimiento.
5. A nivel microeconómico, funcionamiento del mercado en la asignación de la producción, complementada con una política de regulación cautelosa pero efectiva, para hacer coincidir los costos y beneficios privados en el mercado con los costos y beneficios sociales, destacando los aspectos ecológicos y del cuidado del medio ambiente.
6. Estrategia de economía abierta en el ámbito de economía internacional con una integración diversificada a través de una activa incorporación a distintos bloques económicos. Liderazgo del empresariado nacional bajo esquemas de asociación y alianzas estratégicas no subordinadas con el capital extranjero, como vía para garantizar que el avance económico continúe bajo la conducción nacional.

El camino del liberalismo social mexicano se presenta como una opción de sistema económica y social, que desecha como falso el dilema de mercado *versus* Estado y que reconoce la eficiencia, alcances y límites de la mano invisible en la asignación de recursos, pero que establece la necesidad de una mano solidaria, para atender los problemas sociales del desarrollo.

En estas perspectivas, se concretan las estrategias y líneas de la modernización de México, animadas por las tesis económicas del liberalismo social que el presidente Carlos Salinas de Gortari ha presentado a la nación como proyecto viable y congruente con el México histórico y con el contexto de la globalización económica del siglo XXI.

Conclusiones

En síntesis, la globalización de la economía en la producción y en los mercados se da con características propias y con implicaciones de un mundo tripolar de guerra económica cuyos resultados se verán a futuro.

La globalización económica y la apertura no se dan entre todos los países sino entre bloques regionales encabezados por un líder: el de Europa encabezado por Alemania, el de Asia por Japón y el de América por Estados Unidos.

En este contexto, la perspectiva de éxito de los países y bloques dependerá de la eficacia y la estrategia que sigan respecto a los papeles del Estado y del mercado en la economía, la inversión e incorporación tecnológica y su priorización con respecto al consumo. Así como del propio esquema de apertura al interior de los bloques y las negociaciones entre los diferentes bloques.

La evolución y las perspectivas de esta tripolaridad económica son difíciles de predecir porque se dan en un contexto de crisis de los modelos históricos reales y de los paradigmas económicos. Estamos por presenciar todavía los resultados de la revolución científica que marque, desde un punto de vista teórico y económico, el mejor camino para alcanzar un crecimiento económico autosustentable, con estabilidad de precios y equidad social, en un mundo global.

No es éste el fin de la historia, sino una nueva fase donde la caída del socialismo real de la Unión Soviética y Europa Oriental le da un triunfo indiscutible al capitalismo. Sin embargo, la batalla sigue ahora entre los modelos históricos e ideológicos de capitalismo.
